

González García, José María: *Las huellas de Fausto*.

Tecnos. 1ª edición. Colección Ciencias Sociales.

Madrid, 1992, 212 pp.

El libro al que hoy hacemos referencia lo recibimos de las manos de su autor, el profesor José María González García en su reciente paso por Caracas. Por tanto, hagamos una breve referencia del autor. Actualmente es director del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid (CSIC). Ha sido sociólogo y filósofo; pero ahora ejerce una extraña profesión donde ambas disciplinas aparecen sin distinguir y agradecen su mutuo enriquecimiento. En el CSIC conduce un interesantísimo seminario sobre literatura y filosofía, cuyos contenidos, temas, divertimientos son producidos por las metáforas llamativas que enmascaran a esos conceptos del pensar.

Quizás sea esta la razón por la cual el libro que tenemos en las manos posea ese carácter: se trata de una frontera sagazmente indefinida, que es recorrida por su autor con total tranquilidad y soltura. *Las huellas de Fausto* habla sobre el *Fausto* de Goethe, la sociología de Weber y las referencias pertinentes a la filosofía de la época, tales como Nietzsche y Kant.

Me permitiré enumerar los aspectos relevantes del libro, aunque ya me haya permitido comenzar por la *teoría* y la *vida*. Lo primero que llamó mi atención fue el lenguaje preciso y en perfecto español puesto que, la mayoría de los textos que nos toca discutir, leer, a fin de mantenernos al día con la filosofía académica son obras escritas en otras lenguas, muchas han sido bien traducidas, otras no. De allí que la virtud del buen profesional sea poseer, en su caja de herramientas, por lo menos dos o tres idiomas distintos del español a fin de poder acceder a los textos en su idioma original. Sin embargo, una consecuencia frecuente de este proceder es que nuestro español se va haciendo más enrarecido y los filósofos hispanoparlantes terminamos pensando y escribiendo en una extraña lengua: *así, en tanto que esto es...* o redacciones tan abigarradas como

quisiéramos ahora considerar si acaso es posible que, supuesto un... Según la tradición hermenéutica estamos frente a un prejuicio, del que poco a poco se ha ido tomando conciencia: la necesidad de hacer filosofía en nuestra lengua, es decir, leer y escribir en español es fundamental para enriquecer nuestra propia discursividad.

En segundo lugar, el motivo principal que guía la investigación es la necesidad de colmar una laguna —como él mismo dice— respecto de los estudios sobre Max Weber. La escuela histórica se ha encargado de hacer numerosos y pertinentes estudios sobre las relaciones entre Kant, Nietzsche y Weber; mas, parece no haber reparado sobre un tema tan relevante para los pensadores de principio de este siglo como lo fue la influencia de Goethe, y específicamente, sobre la obra de Max Weber: “El espíritu de Goethe planea sobre las inquietas aguas del pensamiento alemán en las últimas décadas del pasado siglo y en las primeras del presente.”¹ Así comienza el libro.

En tercer lugar, haré notar que las páginas siguientes nos irán mostrando un Goethe desde la filosofía y la sociología, lo cual me parece mucho más enriquecedor, como perspectiva, que un Weber desde la literatura. Sin embargo, he de recalcar con justicia, que en el libro apreciamos una simultaneidad del discurso que expone los conceptos tal como se van dando en Weber y Goethe. El autor elige mostrarlo a través de un muy bien logrado retrato y estudio cultural.

En cuarto lugar, es imprescindible aproximarse a este texto como una muestra representativa de *hermenéutica cultural*. La aproximación a la filosofía o a la sociología desde el cerrado círculo dibujado por ellas, nos remite siempre a un *ritornello* sin fin, esto es: la filosofía o la sociología sólo pueden ser comprendidas desde sí y basta. Esta visión limitada nos remite a la incompreensión de los problemas más elementales tratados por ambas disciplinas. Cuando Nietzsche y Dilthey, por ejemplo, comenzaron a exaltar el valor de la *vida* para la filosofía, se referían a la cultura que yace conformando al mundo del autor, a la propuesta del autor mismo para los lectores, a la *fusión de horizontes* —con permiso de Gadamer— y esto es lo único que hace *inteligible* una obra, un pensamiento, un sentimiento. Me parece que la hermenéutica comienza justamente en estas preguntas —planteadas y respondidas a lo largo del texto— por

¹ *Op.cit.*, p. 19

el sentido de las *metáforas culturales*, en ese trabajo cuya única satisfacción es encontrar resonancias y ecos perdidos cargados de significado.

En último lugar añadiré mi propio elemento hermenéutico como acotación, sólo para pensarla paralelamente al trabajo del profesor González García. Cuando Nietzsche publica *El nacimiento de la tragedia* por todos es sabido que fue grande la polémica causada. El porqué fue simple: Nietzsche no se atuvo a los conceptos tradicionales que sobre la tragedia griega manejaban sus pares filólogos. Sin embargo, una respuesta tan simple no es convincente ni coherente con un pensador de la envergadura de Nietzsche. Hay otra respuesta que tiene mucha relación con lo dicho anteriormente: había en esa investigación el germen de un estudio sobre hermenéutica cultural: así, las metáforas traducidas en comportamientos como *dionisiaco* y *apolíneo* fueron sólo modelos explicativos de las tendencias culturales, más allá de todo historicismo hegeliano². El único problema de la obra de Nietzsche es que se refiere a un texto desconocido, a una tradición desdibujada, a una historia no escrita, lo cual hace muy difícil su hermenéutica.

De este modo me permito concluir que el texto de González García está suficientemente documentado, esto lo hace una obligada referencia sobre el estilo de investigación cultural propiamente contemporáneo: un trabajo hermenéutico porque comprende las tres fases de ésta: un poco de teoría de la interpretación, de la explicación y de la traducción. Mas, no es un trabajo sobre hermenéutica, es una investigación con el sello de la hermenéutica contemporánea. Quizá, si José María nos escribiera algún día unas apostillas, en ellas veríamos personajes que sospechamos: un poco de Nietzsche, un poco de Foucault, un poco de Ricoeur, y no se insinúa la influencia de sus teorías en su obra, se trata más bien de *estilos de pensar*. Para terminar me provoca parafrasear a Deleuze cuando decía que el estilo es como una musiquilla, es lo que se dice de aquellos que no tienen estilo, es un modo de ser, de andar...

Rayda Guzmán

Escuela de Filosofía,
Universidad Central de Venezuela

² No olvidemos la constante preocupación de Nietzsche por el historicismo y la hermenéutica como teoría de la interpretación.